



ALBERTO ESTELLA

Elogio de un “adversario”

SE está acabando la transición, y ayer, con el tránsito de Ángel Zamanillo Encinas, un poco más. Desde que nació en 1916 había visto de todo, la Monarquía de Alfonso XIII, la II República, la sublevación de Franco, y la escena, universalmente famosa, del Paraninfo de la Universidad, protagonizada por Millán Astray y Unamuno. Ya maduro, fue testigo y protagonista de la transición. Testigo, porque la vio llegar, lógicamente incrédulo; y protagonista, porque se integró en 1977, en la candidatura para el Senado llamada del “Botón charro”. Aquel ticket intentaba contrarrestar la fuerza de UCD y apellidándose Zamanillo, su nombre estaba impreso en el último lugar de la papeleta. El prestigio personal que tendría que resultó electo, superando a sus propios compañeros.

La muerte de un hombre de su talante, no debe pasar desapercibida y sin elogios

En la mitad del Siglo XX, hubo muchas personas de las dos Españas que luego hicieron posible la reconciliación

en esta olvidadiza, ingrata Salamanca. Creo justo recordar que Ángel Zamanillo fue de los hombres que hizo posible que España pasara, sin violencia, del régimen franquista a la democracia. Le conocí en mi adolescencia, porque era un buen jugador de pala, y como bajito —“Manzanillo”—, hacía pareja en el frontón del Campo de Tiro con mi fornido tío Manolo, que jugaba de zaguero, contra la pareja de César Real y Enrique Moro, que sacando mandaba la pelota hasta el 14. Pero además era un excelente médico internista y mi padre no rebosaba salud, de suerte que, a la menor, mi madre cogía el teléfono y llamaba al galeno de confianza. Zamanillo fue siempre de izquierdas y cuando menos agnóstico, y Antonio Estella franquista y católico, apostólico romano. Pero se querían mucho y se respetaban. Y es que en la mitad del Siglo XX, hubo muchas personas de las dos Españas que luego hicieron posible la reconciliación. Convivieron a base de tolerancia mutua, actitud que sería cómoda para los integrados en el régimen, pero sin duda resultaría sacrificada para los que —como Ángel—, tenían ficha policial de “desafectos”.

Con el tiempo llegué a jugar al dominó con él y con otros miembros de la “tertulia de los médicos” del Casino, de la que desde ayer solo queda Juan Luis; como compañeros de Cortes Constituyentes, discrepé cordial y serenamente en radios y platós; y disfruté de su anecdotario de hombre anciano y de su bonhomía. Porque —siempre Machado—, más que un hombre al uso que sabía su doctrina, Ángel era, “en el buen sentido de la palabra, bueno”.